

PEDRO SÁEZ ORTEGA

Guía educativa para comprender los conflictos

¿Cuáles son los componentes de los conflictos armados actuales? ¿Se inicia el 11 de septiembre de 2001 la primera guerra del siglo XXI o hay otras muchas guerras olvidadas? ¿Qué relación existe entre el mercado globalizado, la crisis ecológica, las identidades culturales y la universalización de los derechos humanos? Este texto es un extracto del libro de Pedro Sáez Ortega “Guerra y Paz en el comienzo del siglo XXI. Una guía de emergencia para comprender los conflictos del presente”, CIP/CIE/FUHEM, Madrid, 2002. Se trata de una guía para comprender la realidad internacional, con especial atención a los conflictos armados, sus manifestaciones y raíces. Con un estilo didáctico, este riguroso análisis se ocupa de cuestiones como el papel de las religiones como factores de guerra o vehículos de paz, el supuesto “choque de civilizaciones” y las legitimaciones para un nuevo imperialismo y los estereotipos sobre el islam como nuevo “enemigo” de Occidente. Orientado a educadores, proporciona información, análisis y una amplia bibliografía para comprender los grandes problemas mundiales de forma global e interrelacionada. A la vez, presenta reflexiones sobre las posibilidades y límites de su traducción al espacio educativo y ofrece un conjunto de propuestas didácticas para tratar estas cuestiones desde un enfoque crítico e innovador.

A raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, el “pensamiento único” se ha encargado de difundir rápidamente la lógica belicista por todo el planeta. Este triunfo de la guerra, concebida no ya como instrumento para resolver conflictos, sino como el vehículo idóneo para asegurar el castigo y la venganza, resulta un síntoma verdaderamente preocupante acerca de nuestro tiempo, frente al que hay todavía mucho que decir y que hacer, especialmente en el ámbito educativo. *Guerra y Paz en el comienzo del siglo XXI. Una guía de emergencia para com-*

Pedro Sáez Ortega es profesor de Geografía e Historia en IES Clara Campoamor de Móstoles (Madrid) e investigador asociado al Centro de Investigación para la Paz (CIP). Extracto realizado por Belén Drona, coordinadora del libro

prender los conflictos del presente hace una lectura de la actualidad en clave didáctica, a la vez que intenta construir un discurso alternativo a la misma: mirar más allá de los disfraces y encubrimientos con que se presenta, hasta llegar a poner en evidencia sus falacias, y ofrecer una visión distinta frente al coro de los entusiastas y al ejército de los conformes. Esta es la complicada y necesaria tarea del pacifismo en nuestros días: en las labores de análisis crítico e investigación preventiva sobre viejos y nuevos conflictos armados; en las acciones de sensibilización ciudadana, protesta social y desobediencia civil; y en la traducción didáctica de una cultura de paz a los escenarios de enseñanza y aprendizaje de niños y adolescentes.

Los atentados en EEUU están situados en un marco histórico sin el cual no es posible comprender su sentido. Aunque para muchos sea el acto inaugural del nuevo siglo, éste ya había comenzado antes, cuando entre 1989 y 1991 se produce el hundimiento de los regímenes comunistas en el Este de Europa y la disolución de la URSS, lo que clausuró la época de la Guerra Fría y, según todos los indicios, el “corto” siglo XX.¹

Contextos perdidos, nuevos desafíos

El final de la II Guerra Mundial supuso la puesta en marcha de una serie de procesos históricos —descolonizaciones, revoluciones populares, enfrentamientos civiles y étnicos—, caracterizados por la abundancia de conflictos armados por todo el planeta. Su tipología era muy variada: desde los episodios de corta duración y extrema violencia, hasta las denominadas guerras de baja intensidad, enquistadas crónicamente en lugares del Tercer Mundo azotados por diferentes formas de violencia estructural (desigualdades socioeconómicas, carencias educativas, ausencia de derechos civiles y políticos). El término Tercer Mundo englobaba en un espacio común a los pueblos y Estados afroasiáticos y latinoamericanos que se debatían por entonces entre la independencia política y el sometimiento al modelo dominante.

En la mayoría de los casos, las explicaciones de estos enfrentamientos y sus traducciones cotidianas a las aulas eran sencillas, ya que quedaban subordinadas sin más al marco global de la Guerra Fría. La bipolaridad Este-Oeste ordenaba el mundo, situando cada tensión bélica, ya fuera en Asia, África o América Latina, dentro de la pugna política y estratégica de las superpotencias para alcanzar la hegemonía mundial. Las doctrinas nucleares y los intereses materiales de los bloques militares, justificados por eficaces vehículos propagandísticos, hacían tabla rasa de escenarios y situaciones muy diversas que se habían gestado de forma endógena. Se disfrazaba su complejidad interna dentro del juego entre EEUU y sus aliados, y la URSS y los suyos, por el dominio del planeta. Por lo general, los

¹ Se sigue la terminología acuñada, entre otros, por Eric J. Hobsbawm, para diferenciar el espacio comprendido entre 1914 y 1989 del “largo” siglo XIX, desde la Revolución Francesa (1789) hasta la I Guerra Mundial.

libros de texto y los programas escolares se limitaban a reproducir y socializar estas imágenes simplificadoras.

Desde mediados de la década de los ochenta, tales esquemas han perdido utilidad pedagógica. La desaparición de la URSS, la quiebra en cadena de los regímenes comunistas de la Europa del Este y las correspondientes modificaciones territoriales que han supuesto (unificación alemana, división checoslovaca, fragmentación yugoslava) han transformado el mapa europeo de 1945 y han roto el escenario bipolar sobre el que se construyó la Guerra Fría. Por otro lado, ni los apresurados anuncios sobre el “final de la historia”, ni las soflamas en torno a un “nuevo orden mundial” de ambigua definición han podido evitar, incluso en el corazón de Europa, la superposición caótica de conflictos que mezclan viejas herencias, anteriores incluso a 1939-1945 (como los de Irlanda del Norte, Suráfrica o Palestina), con las consecuencias inmediatas de la quiebra del modelo de la Guerra Fría y otras realidades emergentes, frente a las que ya no es posible acudir a las explicaciones convencionales.

Entre 1990 y 1991, la guerra del Golfo —con su confusa mezcla de variables históricas, geoestratégicas, neocoloniales, económicas, ambientales, etc., en un espacio vital para el modelo energético de Occidente por la presencia de petróleo— marcó el inicio de una política intervencionista que, como se proclamaba por entonces, alumbraría unas relaciones internacionales supuestamente nuevas, basadas en los principios fundacionales de la Carta de Naciones Unidas. Las limitaciones de tales propósitos han quedado de manifiesto de múltiples maneras. Por ejemplo, en la gestión de las tensiones étnicas derivadas del colapso del imperio soviético (el caso de Chechenia) y, sobre todo, con ocasión del estallido del conflicto yugoslavo. Este último constituye un verdadero modelo de guerra en la posguerra fría, cuyas consecuencias aún están presentes en la escena internacional, diez años después.

Mientras tanto, los países que, por razones económicas o estratégicas, podrían considerarse perdedores de la periferia de los centros de poder reconstituidos tras la desaparición del enemigo comunista, padecen distintas rupturas estatales y sociales. Ejemplos de ello son:

- El imperio del narcotráfico, que asola la región andina latinoamericana y que está llevando a países como Colombia al borde de la desintegración como Estados.
- El ya citado fundamentalismo religioso y político, que va ganando espacio y conquistando poder en el Magreb y en Oriente Medio y que tiene en países como Argelia, desde 1991, algunas de sus manifestaciones más violentas.
- Los enfrentamientos supuestamente tribales en África subsahariana, que han convertido a Somalia, Ruanda, Burundi o Liberia en escenarios de genocidios brutales sin aparente explicación racional.

Todos estos conflictos no son sino bumeranes —por utilizar una expresión de Susan George— que responden, desde sus respectivos espacios, a las prácticas políticas y económicas imperantes en el planeta. Además, se sitúan en el contexto de catástrofes ambientales y humanas: hambrunas, movimientos de refugiados y emigrantes en busca de la mera supervivencia física, motines urbanos frente a pla-

*Estos
conflictos no
son sino
bumeranes
que
responden,
desde sus
respectivos
espacios, a
las prácticas
políticas y
económicas
imperantes en
el planeta*

nes de ajuste dictados por las instituciones financieras internacionales y otros procesos traumáticos muy difíciles de controlar.

En el laberinto de los conflictos de principios de siglo

Se hace necesario, pues, concebir nuevos marcos conceptuales para explicar los conflictos del presente. Mientras llegan estas aportaciones, será mejor sistematizar los componentes básicos de las crisis violentas actuales, teniendo en cuenta que cada enfrentamiento armado tiene sus especificidades, al tiempo que mantiene constantes que se reproducen en la mayoría:

- 1) Se trata de guerras civiles, en el interior de cada Estado.
- 2) Se utilizan armas poco sofisticadas.
- 3) La población civil es el objetivo estratégico por excelencia.
- 4) Se trata de conflictos de larga duración, que alteran los estallidos de elevada violencia con periodos de baja intensidad.
- 5) El elevado grado de destrucción humana y material se prolonga más allá del final de la crisis bélica y afecta a la reconstrucción tras la guerra (refugiados, minas antipersona).
- 6) La financiación ya no depende de una fuente externa, como en la época de la Guerra Fría, sino de la extorsión, el bandidaje, el secuestro y los negocios ilícitos con materias primas y otros recursos de la zona (petróleo, diamantes, droga).
- 7) Aparecen ejércitos privados que controlan extensas zonas del territorio.
- 8) Abundan los episodios de guerra sucia: no se respetan las convenciones de la guerra clásica.
- 9) Fronteras y bandos se modifican continuamente, ofreciendo un marco difuso difícil de comprender.
- 10) La intervención exterior adopta la forma de injerencia humanitaria, militar o no gubernamental.

Riesgos globales, incertidumbres sociales, caos geopolítico

No existe unanimidad entre los expertos a la hora de definir el sentido general del presente, y más tras el derrumbe de los aparentemente sólidos símbolos del poder económico y militar del Estado más poderoso del planeta. Después los fastos que cantaron, y aún cantan, las excelencias del triunfo del capitalismo sobre el comunismo, proclamando incluso el final de la historia —ya que la humanidad ha llegado por fin al ideal soñado del mercado libre—, el nuevo orden mundial que se anunció a bombo y platillo está revelando sus deficiencias: la pobreza sigue enseñoreándose entre los desfavorecidos, dentro y fuera de las sociedades enriquecidas del Norte; demasiados pueblos padecen Gobiernos dictatoriales, cuando no abiertamente totalitarios, y las guerras no sólo no han desaparecido, sino que incluso han llegado al corazón de la vieja Europa, con un grado de violencia y crueldad difícilmente soportable hasta para los estómagos más avezados.

Hay quien dice que esto es el resultado del fin de la Guerra Fría, puesto que la amenaza nuclear era una garantía de paz para el mundo. Pudo serlo, en todo caso, para el mundo occidental, ya que esta afirmación tan falaz olvida las crisis bélicas que asolaron la mayoría de los países asiáticos, africanos y latinoamericanos desde 1945 hasta 1989. Hoy, roto ese equilibrio por la derrota de uno de los bandos, ya no existen referencias planetarias a las que acudir para explicar las causas de los conflictos. Por esta razón, los contendientes recurren a sus ancestrales odios étnicos o a los más bajos instintos tribales para seguir utilizando la violencia armada con absoluta impunidad. Del orden bipolar hemos pasado al caos internacional.

Semejantes explicaciones reflejan, por una parte, una ausencia de rumbo interpretativo acerca de los signos de los tiempos que nos rodean; por otra, escamotean el análisis crítico de las verdaderas claves que permiten comprender los enfrentamientos, en el contexto del desorden en que parece que ha entrado el sistema de Estados de la posguerra fría. Parece claro que muchas de esas reacciones instintivas o tribales responden, en realidad, a un conjunto de factores que la investigación para la paz ha englobado habitualmente bajo la denominación de “violencia estructural”, para distinguirla de la violencia explícita o abierta.

Resulta poco menos que obligado mencionar algunos problemas de dimensiones planetarias —como la crisis ecológica, el auge de los fundamentalismos étnicos o las violaciones sistemáticas de los derechos humanos más elementales— como puntos de partida inexcusables para entender los conflictos armados del presente, incorporando a sus causas locales o inmediatas una perspectiva más amplia y compleja. Dichos problemas están en el trasfondo de muchos estallidos de violencia, a la vez que bloquean o dificultan la resolución negociada o cooperativa de las tensiones.

Traducir al aula lo que pasa alrededor: dificultades previas

¿Qué ocurre cuando conflictos como éstos se plantean en las aulas, ahora que ya no es posible remitirse a la bipolaridad Este-Oeste para explicarlos? ¿Qué respuestas puede dar el profesor a sus alumnos, si tanto uno como otros están acostumbrados a trabajar sobre acontecimientos fijados y cerrados de antemano, y carecen de instrumentos para analizar didácticamente el presente, más allá de los estereotipos audiovisuales con que se hace visible a diario? El tratamiento escolar de los conflictos actuales no es tarea sencilla, por varias razones:

- La cercanía, cuando no la convivencia cotidiana, con los hechos que se pretenden explicar, hace inevitable un alto grado de implicación voluntaria o involuntaria e impide situarse en la distancia analítica necesaria para poder comprenderlos mejor. La ausencia de perspectiva histórica es un argumento esgrimido para justificar las dificultades con las que tropiezan los profesores que, por ejemplo, pretenden abordar el conflicto yugoslavo o la crisis ruandesa (cuyos datos están recibiendo continuamente nuevas interpretaciones y lecturas, que ponen en cuestión las esgrimidas cuando ocuparon las portadas de los periódicos).

Las actitudes con las que los profesores se sitúan frente a la realidad influyen directamente en la acción educativa que desarrollan con respecto al presente

- La mediación audiovisual que ejercen los medios de comunicación social obliga a tener en consideración que los conflictos actuales son, ante todo, conflictos televisados. Los medios se autoproclaman factorías de lo histórico en nuestro tiempo, con capacidad para decidir no sólo lo que es noticia y lo que no lo es, sino la forma en que determinado acontecimiento es presentado como noticia digna de incorporarse a la historia. Por ello, sus imágenes pueden fácilmente confundirse e identificarse con las realidades a las que aluden. El ejemplo de la guerra del Golfo fue enormemente revelador y su lectura didáctica, como la de los sucesos de la antigua Yugoslavia, Somalia o Chiapas, no puede prescindir del ropaje incorporado, para bien y para mal, por los medios de masas.
- Cuando los conflictos del presente irrumpen en el aula se producen varias quiebras metodológicas que tardan en ser asumidas e incorporadas a la práctica docente:
 - En primer lugar se rompe el orden, es decir, la jerarquía temática establecida por el currículo legislado y la cultura académica dominante.
 - En segundo, resulta de escasa operatividad: tratar en clase el conflicto bosnio puede ser motivador, pero no servirá para aprobar los exámenes de la materia y mucho menos para afrontar con garantías de éxito la prueba de selectividad.
 - Por último, amenaza la certeza docente, puesto que el profesor temerá desdiseñarse o equivocarse, perdiendo el control sobre la información que debe ser evaluada y que constituye su principal fuente de poder.

A veces estas quiebras se disfrazan de cierto desprecio por problemas que no pueden encerrarse en las materias científicas habituales, o de disculpa por carecer de los recursos informativos adecuados y no tener capacidad, tiempo o ganas para localizarlos.

- Las actitudes con las que los profesores se sitúan frente a la realidad influyen directamente en la acción educativa que desarrollan con respecto al presente: pueden ser reticentes a explicar situaciones excesivamente dramáticas o violentas para no inducir a los adolescentes a su emulación. Pueden ser interpretaciones neutralistas, que renuncien a explicar lo que no sea objetivable desde el compartimento académico que corresponde a cada cual. O pueden reflejar la variada gama de obsesiones por estar al día, que llegan a convertir la clase en una especie de telediario sin coherencia ni argumento, más allá de la reproducción periodística de la realidad. Esta amplia gama de respuestas refleja la necesidad de clarificar las formas de ver el mundo y su posible aprendizaje en el aula por parte de los educadores.
- Además de responder a opciones más o menos explícitas, estas prácticas reflejan muchos discursos ocultos e inconscientes (eurocentrismo, cientifismo, economicismo o androcentrismo). Estos discursos sistematizan desde el aula mecanismos de aprendizaje para integrarse en la realidad que hacen muy difícil entenderla en su complejidad. Este currículo reproductor, que impregna de manera implícita desde la programación de las asignaturas hasta la organización escolar en sus aspectos materiales, no influye demasiado en la presencia o ausencia de determinados temas en la clase sino, sobre todo, en el enfoque desde el que se enseñan y aprenden.

Estos y otros problemas conducen a la búsqueda de propuestas didácticas transversales, que no se limiten a la acumulación de datos o actividades puntuales sino que proporcionen cauces de aproximación a los conflictos actuales —sea la guerra en Chechenia, la deforestación de la Amazonía o la situación de los niños de la calle en los barrios marginales de los núcleos urbanos del Tercer Mundo—, dentro de procesos educativos más amplios y activos, capaces de desbordar los programas y las asignaturas tradicionales y contribuir a la gestación de una cultura escolar distinta para un mundo diferente.

De la investigación a la educación para la paz, una alternativa posible

La urgencia y la necesidad de llevar al aula esta cultura escolar alternativa hace necesario incorporar los recursos y métodos de la educación para la paz y la solidaridad. Éstas son herramientas metodológicas para traducir la compleja situación mundial a la escala socioafectiva del aula y sus integrantes. Los contenidos y enfoques de la investigación/educación para la paz proporcionan el mejor acceso posible a los conflictos de la posguerra fría dentro del aula, debido a sus características.

- La teoría del conflicto elaborada por la investigación/educación para la paz sitúa el mismo en el centro de las realidades humanas de forma constructiva, y propone su tratamiento mediante el recurso al acuerdo y la negociación no violentas, lo que supone condiciones de libertad y justicia más amplias y dinámicas. Esta concepción del conflicto como agente necesario de las relaciones humanas y sociales facilita el análisis de los diversos tratamientos que aparecen o perviven en el planeta desde el final de la Guerra Fría.
- La investigación/educación para la paz maneja una metodología multidisciplinar que recoge referencias geográficas, históricas, psicológicas, económicas, políticas y culturales de la realidad. Esto resulta muy operativo dentro del espacio escolar, donde lo interdisciplinar se entiende en numerosas ocasiones como suma de fragmentos, no como reconstrucción totalizadora de situaciones que se suceden en el espacio y en el tiempo.
- Esta metodología interdisciplinar está orientada hacia la globalización de la realidad, lo que en el espacio del aula quiere decir educar para la complejidad: por un lado, desarrollar la capacidad para emprender un camino interactivo entre el entorno inmediato y las dimensiones planetarias de la realidad; por otro, hacer posible el establecimiento de conexiones entre diferentes conflictos que, habitualmente, suelen presentarse de manera aislada entre sí.
- Esto explica que la investigación/educación para la paz no se organice sobre mecanicismos o causalidades abstractas, sino operando sobre un conjunto de valores de referencia que apuestan por una forma de ver la realidad en colisión más o menos directa con los modelos dominantes. Todo ello refuerza su utilidad para valorar dichos modelos en el aula.

- Finalmente, la investigación/educación para la paz tiene sentido en la medida en que se proyecta hacia la realidad y los cambios que en ella se generan. Esta dimensión proyectiva no se conforma con la comprensión escolar de una realidad conflictiva —aunque dicha comprensión sea un requisito casi indispensable para activar el cambio social—, sino que intenta proporcionar herramientas útiles para la intervención activa y emancipadora fuera del aula.